

PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 164

25 cts

8 ABRIL
1928



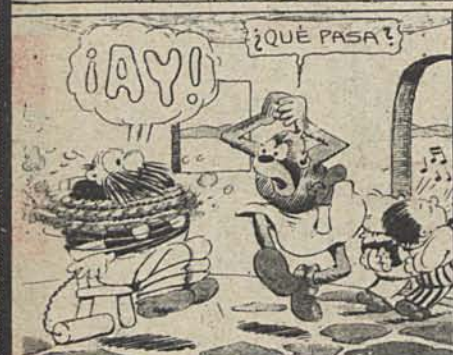
Ayuntamiento de Madrid

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICION: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL NAUFRAGIO DE LA DORDOÑA

(Conclusión.)

Luego organizó el salvamento, gritando:

—¡Las mujeres primero, después los niños! ¡Los hombres, los últimos!

Era imposible sujetar a toda aquella gente y mantenerla en orden. Los pasajeros, sin hacer más caso de las amenazas de los marineros ni de las advertencias de los oficiales, se abalanzaron como locos hacia las bordas, derribando a las mujeres y a los niños.

Unos se dejaban deslizar por los cables, otros se arrojaban al mar, donde desaparecían para siempre o eran destrozados por la balsa, que las olas sacudían de vez en cuando contra el costado del buque.

El embarco se efectuaba entre una baraúnda imposible de describir. Era una lluvia de personas que caía sobre la balsa entre gritos que ensordecían, entre gemidos y lloros desesperados.

Ciertamente, a los cinco minutos no quedaba nadie en el transatlántico; pero ¡cuántos habían de faltar a la lista! Casi todos los niños habían desaparecido, y muchas madres, locas de dolor, los buscaban en vano.

El capitán, que bajó el último, hizo cortar los cables, y la enorme balsa, toda bullente de cuerpos humanos, cargada hasta el punto de hundirse casi, fué arrastrada por una ola.

La *Dordoña*, aquel magnífico buque, orgullo de sus armadores, agonizaba.

El agua se había precipitado ya a través de las aberturas de popa y girando sobre sí misma.

Oyéronse formidables estallidos, y luego se vieron saltar por el aire trozos de hierro. Las máquinas habían reventado por efecto de la brusca invasión del agua.

El transatlántico osciló por última vez, para desaparecer al punto entre un vórtice de espuma.

—¡Pobre *Dordoña*! —exclamó el capitán, con los ojos húmedos de llanto.— ¡No creía que hubiese de sucumbir tan miseramente a los siete días de dejar el puerto! ¿Qué será de nosotros ahora, tan lejos de las costas americanas y africanas? ¿Quién nos vendrá a salvar?

—Pronto saldrán buques de los puertos más próximos en busca nuestra —respondió una voz detrás de él.

Era el señor Marau el que así hablaba.

—Se ha salvado mi aparato, señor —dijo el joven ingeniero— y en menos de una hora sabrán en Europa y en América que la *Dordoña* se ha hundido y que sólo una balsa nos sostiene.

—¿Está usted seguro de poder comunicar, señor Marau? —preguntó el capitán.

—El telégrafo Marconi ha hecho ya sus pruebas, con un resultado maravilloso.

»Ordenad a todos que permanezcan en silencio, y yo enviaré el radiograma.

»Decidme la latitud y la longitud.»

El capitán trazó con un lápiz, en un trozo de papel, algunas cifras y algunas letras.

El señor Marau leyó:

»*Dordoña* naufragó hoy 24 agosto 1902 a 2°11' latitud Norte y 34°5' longitud Este junto a escollos San Pablo. Estamos en medio del mar sobre una balsa. Acudid a salvarnos.»

—Dentro de un cuarto de hora, las estaciones radiográficas europeas y americanas lo habrán recibido —añadió el joven.

Mandó guardar el silencio más absoluto y puso en movimiento el aparato, transmitiendo el radiograma.

Aun cuando la balsa estaba a 2.500 millas de la estación más próxima, era seguro que llegaría a su destino, y que sería registrado por los receptores de los Estados Unidos a más de serlo por los europeos.

Un profundo silencio reinaba sobre la balsa. Todos se habían agrupado en torno al transmisor telegráfico, preguntándose asombrados cómo el despacho podría llegar a Europa sin disponer de hilos ni del cable de comunicación transatlántica.

Todos habían oído hablar del maravilloso invento del gran italiano, y ya no dudaban del éxito.

El señor Marau, inclinado sobre el aparato, observaba atentamente el registrador.

Había pasado media hora cuando el timbre eléctrico le advirtió de que el despacho llegaba. Las ondas hertizianas, a pesar de la inmensa distancia, acudían hasta el centro del Atlántico.

Era la estación inglesa establecida por Marconi en la costa del Cornwall la que respondía:

«Advertidos desastre. Telegrafiamos Cabo Buena Esperanza y Pernambuco. Saldrán inmediatamente vapores busca vuestra. Seguid comunicando dirección balsa y latitud.»

Un grito de estupor y de alegría saludó la lectura de aquel despacho, que para la mayoría de los pasajeros suponía algo milagroso, y resonó un retumbante vitor.

—¡Viva Marconi! ¡Viva el señor Marau!





El joven ingeniero, muy conmovido, hizo seña a todos de callar, y luego, volviéndose al capitán, le preguntó:

—Señor Burdot, un buque enviado desde Pernambuco, que debe ser el puerto más próximo, ¿cuánto necesitará para llegar a nosotros?

—En cuarenta o cuarenta y dos horas podría estar aquí y recogernos a todos —respondió el capitán.

—Entonces, hay que apretarse el cinturón —gritó un marinero.— Se puede resistir cuarenta horas sin morir de hambre.

Aquella frase, lanzada así, extinguió con una ducha helada el entusiasmo que antes se apoderara de los pasajeros.

—¿Por qué dices eso, Marnet? —preguntó el capitán, volviéndose al marinero

—Porque tendremos que estar en ayunas hasta que llegue el socorro, comandante; en la confusión del naufragio, nadie ha pensado en los víveres y no tenemos a bordo ni un mal bizcocho.

—Cuarenta horas se pasan pronto —dijo el señor Marau—. Creo que podré deciros en seguida hasta el nombre de los buques que mandan en nuestro auxilio.

En efecto, poco después del mediodía la estación del Cornwall enviaba el segundo radiograma, así concebido:

«Balsa de la *Dordoña*. Salieron diez mañana, busca vuestra crucero brasileño *Pereira*, de Pernambuco; crucero inglés *Thunderer*, del Cabo Buena Esperanza. ¡Valor!

El salvamento estaba, pues, asegurado merced al gran invento de Marconi. La confianza, perdida un momento por el desagradable aviso del marinero, volvía al ánimo de todos.

La borrasca había cesado. Sólo de vez en cuando algunas enormes oleadas embestían la balsa, haciéndola saltar violentamente y derribando en montón a hombres, mujeres y niños.

El señor Marau, de tres en tres horas, comunicaba a la estación inglesa del Cornwall la derrota de la balsa, para su retransmisión al *Pereira* y al *Thunderer*, provistos a su vez seguramente de aparatos Marconi.

Aunque el hambre y más todavía la sed comenzaba a hacerse sentir, nadie se quejaba. La esperanza de ser recogidos pronto sostenía a todos. Los mismos niños no pedían ni pan ni agua.

La noche transcurrió en continuas ansias, por no haberse recibido ningún otro despacho; pero todos estaban convencidos de que el *Pereira* se aproximaba, forzando los fuegos.

A la mañana, nada aún. Una viva ansiedad se había apoderado de los desgraciados naufragos, aumentada por las primeras torturas del hambre y la sed.

Las mujeres y los niños especialmente comenzaban

a sufrir mucho, y sus lamentos se dejaban oír de vez en cuando, rompiendo el silencio que reinaba sobre la balsa.

—¡Agual ¡Agual!

A mediodía, el señor Marau, que no se había separado del aparato, lanzó un grito de triunfo. El registrador había trazado un nuevo despacho.

«Bordo *Pereira*, diez mañana, lat. 1°15' Sur, longitud 348°17' Rogamos naufragos *Dordoña* responder aparato Marconi posición balsa.»

El capitán había escuchado atentamente la comunicación del joven ingeniero.

Era mediodía, momento oportuno para establecer la posición del sol. La calculó rápidamente con ayuda de sus instrumentos náuticos, salvados del naufragio, y dijo al ingeniero:

—El *Pereira* no está más que a ciento sesenta millas de nosotros, y en este momento debe de atravesar el Ecuador. Comunicadle nuestra posición.

«Si todo va bien, antes de media noche estaremos en salvo.»

La esperanza había renacido en todos. Doce horas era mucho tiempo, pero aún se podían soportar.

Aunque la distancia era todavía relativamente enorme, todas las miradas manteníanse fijas hacia Sudeste, creyendo ver surgir a cada momento la proa del crucero brasileño.

Pasaron las doce horas, entre una ansiedad increíble y los lamentos de los niños, que sentían desgarrárseles las entrañas a causa del hambre. A las doce menos cuarto, un marinero gritó:

—¡Fanal al Sur!

Dos puntos luminosos se percibían en la línea negra del horizonte y se veían crecer por instantes. Era un buque y navegaba en dirección a la balsa.

Una algarabía enorme se produjo entonces. Gritaban los naufragos para atraer la atención de los salvadores, que podían pasar cerca de la balsa sin verla siquiera.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Naufragos!

Resonó un cañonazo, y otro después. El crucero respondía a las llamadas. Veinte minutos después un hermoso buque se acercaba a la balsa y botaba al agua las lanchas. Era el crucero brasileño. Como la balsa no había recorrido sino algunas millas durante aquellas veinticuatro horas el comandante del *Pereira* no tuvo dificultad alguna para encontrarla.

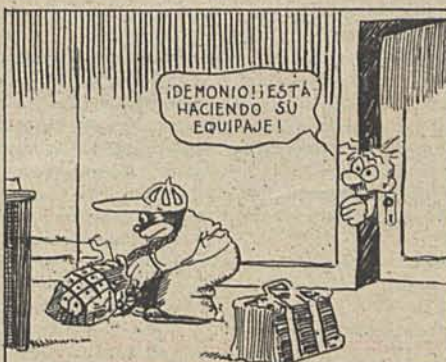
Los naufragos fueron recogidos en el crucero, que puso proa a las costas del Brasil, arribando a Pernambuco con toda felicidad.

De este modo, el descubrimiento del gran italiano salvó cerca de trescientas vidas, que sin él hubieran perecido seguramente de hambre en medio del Atlántico.





DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO





(Continuación)

—Puede usted estar tranquilo, que no nos escaparemos. Todos estamos interesados igualmente en el éxito de su tentativa: yo, Chicottry, en nombre de Francia, el señor almirante, el señor Touchet y el teniente Bonnet, en nombre de... su corazón, y el amigo Sudharah, como verdadero malayo, en nombre de su odio y de su venganza.

El multimillonario sonrióse, y dijo alegremente, acompañando a sus visitantes hacia la puerta:

—Estas garantías son más que suficientes. Señores háganme el favor de aceptar para mañana a las diez un almuerzo en mi mesa; estaremos nosotros solos y les enteraré de lo que haya decidido.

—No faltaremos y..., brindaremos por nuestra alianza.

—¡Y por nuestra victoria!

Los cinco se marcharon, llevando reflejada en la expresión de sus rostros, en el brillo de sus ojos, la renaciente esperanza.

Aquella conversación con un hombre que todo lo podía, porque tenía el poder del oro, había sido un rayo de luz en las tinieblas y les había reanimado.

Al día siguiente fueron puntuales a la cita y encontraron al señor Shaw más alegre que el día anterior.

Esto era de buen agüero.

—¡Vive Dios! —gritó el americano al estrecharles efusivamente la mano a cada uno de ellos.— ¡Victoria en toda la línea!

—¿Qué dice?...

—Digo, amigos míos, que el Gobierno de Washington se ha convencido de que era preciso obrar con la máxima energía.

—Explíquese.

—Mañana embarcaremos los seis en el crucero *Nebraska*, que está fondeado en la bahía, y saldremos para las islas Hawai.

—¿Y al llegar allí?... —preguntó Chicottry, mientras el almirante Wilson, iluminado de repente por aquel nombre, hacía vivas señales de asentimiento.

—Al llegar allí —prosiguió diciendo el americano mirando a Wilson—, nuestro excelente crucero se unirá a otros dos y a dos acorazados de la escuadra del Pacífico, que se encuentran anclados en el puerto de Honolulu.

—¡Vive Dios! —exclamó Chicottry electrizado.— ¡Cinco poderosos buques de guerra a nuestra disposición! ¡Venceremos!...

—Sí, con la ayuda divina —dijo Wilson.

—Y Dios nos ayuda de un modo visible —añadió el señor Shaw—, pues en el Almirantazgo se ha encontrado la situación precisa de la Isla de los Salvajes, visitada hace unos años por el buque-escuela *Lincoln*. El comandante del crucero *Nebraska* ha recibido la latitud y longitud exactas, y allí empezaremos la guerra, una guerra a muerte, sin misericordia.

—Así tiene que ser.

—Yo sólo deseo una cosa: pescar al malandrín que se atrevió a burlarse de mi obligándome a cederle mi yate.

—¿Podría reconocerle?

—¡Vaya! Es más... hasta me dijo su nombre... Co.. Collap...

—No le conozco —dijo el almirante Wilson.

—Pero yo sí —replicó el señor Touchet—. Es uno de los seis evadidos del presidio de Nou, que tuve la desgracia de dirigir.

En aquel momento anunciaron que estaba servida la mesa, y todos se dirigieron al comedor.

Ahora que sabemos a qué nación pertenecían los barcos señalados por el vijía del yate y quienes iban embarcados en ellos, volvamos al camarote de popa en donde Barenval, Jones, Maud y su madre habían oído con diversa, pero intensa impresión, el disparo y las palabras anunciando el inmediato peligro.

La señorita Campbell, aprovechando aquella, pausa acercóse al capitán y con gran dulzura balbuceó:

—¡Me permite!...

—¿Qué? —preguntó Barenval, tratando de serenarse.

—¡Me permite que le dé las gracias?...

—Déjese de cumplimientos; se lo suplico.

—No son cumplimientos... Ha empezado usted su obra de perfecto caballero...

—¿Engañándole?

—He olvidado el pasado... porque nosotras dos le debemos la felicidad y nuestra gratitud será eterna; pero...

—Prosiga.

—Pero no olvide que hay otras personas que sufren precisamente a causa de esta felicidad. Hay un hombre que me ha servido de padre y que amo como tal; hay un joven bueno y generoso que me ama...

—¿Y que usted ama, verdad?

—Sí.

—Lo sabía perfectamente, ¿qué quiere usted?

Maud al ver esta pregunta formulada en tono duro y áspero, dióse cuenta de haber dado un mal paso y empezó a temblar.

—Señor —dijo, juntando las manos en actitud suplicante—. No deje incompleta su obra tan bella y generosa; no quiera llevar a la desesperación a dos mujeres que acaba de hacer felices. Devuélvanos la libertad, abandónenos en esta isla; alguien vendrá a recogerlos, y nosotras rezaremos a Dios por su salvación y su arrepentimiento.

—¿Mi arrepentimiento? —dijo Barenval con triste sonrisa.— En este mismo momento los hombres civilizados, sus amigos de usted, me persiguen como a una fiera, para cogerme entre sus uñas, echarme al fondo de un calabozo y ofrecerme a la pública curiosidad, que disfruta al ver a un semejante sobre un patíbulo... ¿Quiere la libertad?... Pues yo no se la doy, porque me es su persona doblemente preciosa; porque la amo y porque es un rehen en mi poder. ¡Que se acerquen sus amigos!... ¡Que vengan a cogerla!... ¡Ay de ellos!... El caballero ha muerto en mí, y sólo sobrevive el comandante del *Torpedero de presa*. ¡A mí, piratas del mar! ¡Guerra sin cuartel!

Y Rodolfo de Barenval, exaltado por la pasión y por el peligro, lanzóse por el corredor a la escalera de cubierta, olvidando su herida, seguido de Jones.

Maud Campbell, aniquilada ante aquellas palabras terribles, lanzó un grito desesperado y cayó sin sentido en brazos de su madre.

II

Preparativos de lucha.—El misterio del yate. ¡Avante!—El Nebraska.—Las sospechas de Wilson se convierten en realidad.—Serpiente de fuego.—Trágico fin de Jones.—La explosión.—La audaz empresa de Barenval.—Por fin habla el taciturno Sudharth.—Un huracán de fuego.—¡A Tomini!

Los cinco buques de guerra avanzaban rápidamente en forma de ángulo: en el vértice, el crucero *Nebraska*, cuyas líneas finas y elegantes se iban marcando a medida que la distancia disminuía.

El plan de la escuadra era sencillo y claro y no dejaba lugar a duda en lo que a su éxito se refiere: encerrar el yate y el torpedero en la bahía de la isla, apostando los acorazados y dos cruceros en semicírculo frente a la desembocadura, mientras el *Nebraska*, a la sombra de aquellos potentes proyectores, maniobraría en vista de efectuar un desembarco en la playa.

Cogido en aquel inquebrantable anillo de hierro y fuego, los piratas se encontrarían en la disyuntiva de rendirse o ser echados a pique y destrozados por las compañías de desembarque, sin poder oponer resistencia alguna.

Entretanto, ¿que pasaba a bordo de los dos barcos de presa?

El embarque del carbón en el yate había sido suspendido de pronto, de orden del capitán Barenval, y en cambio proseguíase con una mayor velocidad en el torpedero, en el que iban embarcando todos los piratas, incluso la tripulación de la antigua *Estrella de la Unión*.

¿Querían abandonar aquel barco?

Los propósitos del comandante, en aquel grave conflicto, eran un secreto para todos.

Obedecían ciega, pero rípidamente, con rigurosa exactitud, sin indagar o discutir las órdenes que el ex forzado de Nou daba en voz alta y firme, con una tranquilidad que asombraba y electrizaba.

A bordo del yate sólo habían quedado Guillermo Jones y cuatro marineros ocupados en misteriosas operaciones.

Maud Campbell y su madre, abatidas, incapaces de oponer resistencia alguna, habíanse dejado meter en un bote y conducir al torpedero, en donde habían sido encerradas en un camarote de oficial.

No se daban cuenta de nada, como no fuese que se encontraban en poder de gente sin temor a Dios, decididas a cualquier maldad, y no encontraban consuelo más que en el rezo.

Entretanto los cinco barcos de guerra iban marchando a poca velocidad, sondeando continuamente ante el temor de bajos o de bancos coralíferos que las aguas podían ocultar.

Cuando llegaron a la boca de la bahía, Rodolfo de Barenval vió desde el puente de mando que habían sido tomadas todas las disposiciones para la ejecución de sus propósitos.

Los isleños, licenciados con pocos cumplimientos por Collap, y comprendiendo por instinto la aproximación de graves daños, habían emprendido la fuga sin pedir explicaciones, internándose en los bosques vecinos y espiando desde las ramas de los árboles, en donde habíanse subido cual si fuesen pájaros.

El sol estaba cerca de la línea del horizonte e iba sumergiéndose poco a poco sus rayos de oro en el mar, hasta acabar por sumergirse por completo.

En los trópicos, por un fenómeno simple y bien conocido, el paso de la luz del día a las tinieblas nocturnas tiene lugar casi bruscamente, sin las lentas gradaciones luminosas de nuestros hermosos ocasos.

Es de creer que el capitán Barenval tuviese muy en cuenta tal circunstancia, porque la obscuridad era tan desfavorable para sus adversarios, obligados a proceder de lo conocido a lo desconocido, como favorable para él, que tenía un plan bien trazado y estaba decidido a seguirle a cualquier coste.

Siendo aquel el instante más favorable para obrar, Barenval echó en torno una ojeada escrutadora, vió que todo el mundo estaba en su puesto, cogió el portavoz y gritó.

—¡Prontos!

Se hizo un profundo silencio, decimos profundo en oposición al estruendo de poco antes, pues en realidad, prestando atención, habríase oído el sordo palpitante de las máquinas a alta presión.

—¡Los del yate! —prosiguió diciendo el capitán— ¡Avante!

Guillermo Jones, que estaba esperando con la mano en el timón, repitió la orden al maquinista, y dirigió el barco a la entrada de la bahía, y poniéndose atravesado, con la proa hacia el promontorio y la popa al islote.

¿A qué conducía esa maniobra?

La escuadra atacante, realizando un plan estratégico, había formado un semicírculo, convergiendo todas sus baterías hacia la bahía.

El crucero *Nebraska*, bajo la protección de los gruesos cañones y con sus piezas de cubierta prontas a empezar el fuego, emprendió una marcha audaz contra el yate.

En la torreta de proa un grapo en traje de paisano destacábase de los uniformes de los oficiales y de los marineros americanos.

Allí estaban los Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Malasia, aliados y representados en las dignísimas personas del multimillonario Shaw, del señor Touchet, Cipriano y Chicottry, del almirante Wilson y del *arung* Sudharah: estaban, como se ve, bien representados los diversos pueblos.

Wilson exponía a sus amigos, en voz baja, algunas de sus preocupaciones.

—¿Qué teme usted? —preguntóle de pronto Chicottry.

—Una emboscada; la maniobra del yate me parece sospechosa.

—¡Sí, es verdad! —exclamó Shaw.— Miren ustedes.

—¿Qué?

—Que no se ve nadie a bordo.

—¡Diablo!

—¡En guardia! —dijo Wilson.— Se trata de una emboscada; estoy seguro.

—Pero, ¿de qué clase?

—¿Quién lo sabe? Quizá de un embotellamiento... al revés.

—¡Demonio! ¡Y el *Nebraska* que avanza sin detenerse.

—Es poco prudente, el yate podría... ¡Ah, traidores! ¿No lo decía yo?...

Esta repentina exclamación lanzada por el almirante inglés fué provocada por un descubrimiento que el valiente marino acababa de hacer.

De uno de los costados del yate, que quedaba solo e inmóvil cubriendo la entrada, apartábase un bote tripulado por cinco hombres, que marchaba rápidamente hacia el fondo de la bahía.

Al propio tiempo, una sutil serpiente de fuego, subiendo por el costado de estribor del barco, recorría la cubierta y desaparecía por una escotilla en el interior de una bodega.

—¡Una mecha! —gritó Wilson, agitando el brazo derecho en aquella dirección.— Comandante, pronto, máquina atrás o saltamos todos. Fuego sobre aquéllos...

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ESTE RELOJ NO SIRVE PARA MI GENIO, CURRINCHE, ANDA CON UNA PARSIMONIA QUE ATUFA. A MI ME GUSTARÍA UN RELOJ DE CARRE-
RAS. LOS HAY QUE SE HACEN 200 MINUTOS A LA HORA

LO DUDO



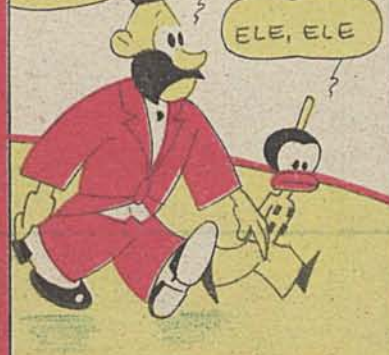
PUES NO LO DUES. YO CONOZCO A UNO QUE TIENE UN RELOJ QUE CORRE QUE SE LAS PELA. LE HA PUESTO UNAS ASPAS EN LAS MANECILLAS Y LE SIRVE DE VENTILADOR

YO TENGO UN AMIGO QUE SE COMPRO UN RELOJ DE ESOS QUE DAN LOS CUARTOS Y EN CUATRO DIAS SE HA HECHO RICO



NADA CURRINCHE. NO HAY QUE PENSARLO MÁS AHORA MISMO VAMOS A COMPRARNOS EL MEJOR RELOJ DEL MUNDO. O SOMOS O NO SOMOS

ELE, ELE

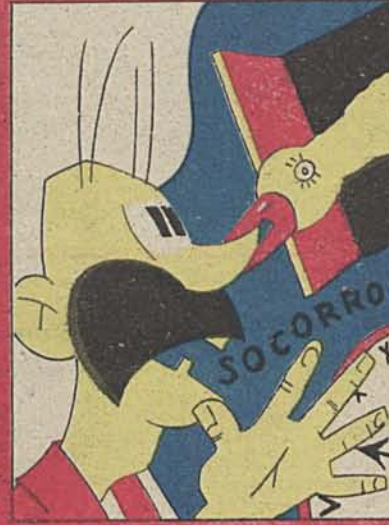


BUENO, ME LLEVARÉ EL RELOJ DE CUCO POR DARLE GUSTO A ESTE MORENO, PERO YO SE QUE LUEGO SE LES COGE CARÍO A ESTOS ANIMALITOS Y CUANDO SE MUEREN SE SIEN-
TE COMO SI FUERA UNO DE LA FAMILIA.



AHORA, CUANDO DEN LAS NUEVE, SE ABRIRÁ LA VENTANITA Y SALDRÁ EL CUCO. VERÁS QUE SALADÍSIMO ES

YO LE COMPRARÉ CAÑAMONES Y LECHUGA



ESTA NOCHE SE LA VA A PASAR AL FRESCO, CASTIGADO POR MALO, Y SI QUIERE PICAR QUE LE PIQUE A UNA TÍA SUYA





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

EL GATO PEREZOSO

Castillo



RES gatos viejos se contaban su historia, acurrucados en torno de la lumbre. Uno de ellos, de gran tamaño y aspecto lucido aún, se llamaba «Perezoso», y decía así:

—Cierta día vi, desde la ventana de mis amos, a cuatro gatos que, en el tejado de enfrente, retozaban tomando el sol, dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules y maullando de alegría. Jamás había contemplado espectáculo tan extraordinario. Aquello me hizo pensar que la verdadera felicidad estaba en el tejado, más allá de aquella ventana, lejos de los almohadones, de los cuidados y de los mimos que en casa me prodigaban. Y sin pensarlo más, salté al tejado.

¡Qué hermoso era el aire libre! ¡Qué bonito estaba el tejado! ¡Qué bien se andaba por tejas y canalones! Soplaban una brisita fresca verdaderamente deliciosa y venían envueltas en ella aromas penetrantes de bien provistas despensas y cocinas, no, por cierto, mejores que la mía, es decir, de mis amos; pero eran *otras*, eran distintas y eso bastaba para prestarles singular encanto. Meditándolo estaba cuando me estremecí de susto y, sin poderlo evitar, di un salto de costado. Tres gatos escuálidos, sucios y feos se habían presentado de pronto delante de mí maullando horrorosamente. Al observar mi terror, me trataron de gran tonto, y me dijeron que todo era pura broma. Entonces me puse a maullar con ellos. Aquello era encantador. Alegres y retozones, flacos y ligeros, no tenían el estorbo de mi grasa, y se burlaban de mí cuando me veían correr torpemente. Un gato viejo y taimado, jefe de la banda, me cobró particular afecto y me prometió consagrarse a mi educación, cosa que acepté con la mayor gratitud.

No creáis que echaba de menos los manjares y cuidados de mi casa. El agua de los canalones, que, por

cierto, estaba turbia y sabía a barro, me parecía exquisita porque estaba perfumada de libertad. Todo me parecía delicioso, y estaba tan contento, que hasta por los bigotes me rebosaba la alegría. Como había cenado bien, no me había ocurrido la idea de que pudiera faltarme la ración. Los que viven en la abundancia no saben cuánto le cuesta al que nada tiene el proporcionarse el sustento. En aquellos tejados revoloteaban algunos pajarillos, y me parecía cosa muy fácil atraparlos y tener a todas horas caza sabrosa. Pero dura poco la ilusión; lo que atrapé muy pronto fue un tremendo arañazo de un compañero, que por poco me saca un ojo. Lancé un grito de dolor.

—¡Bah! —me dijo el viejo—, ¡no eres poco delicado! Eso es una caricia...

Llevaría una hora de paseo, y el ejercicio me hizo experimentar atroz apetito.

—¿Qué se come en los tejados? —pregunté a mi maestro.

—Lo que se encuentra —me respondió secamente.

A la verdad, esta respuesta me hizo bastante poca gracia, porque, por más que buscaba, no encontraba nada. Vi, al fin, en una guardilla a un albañil que se disponía a almorzar. Un pedazo de chorizo atraído especialmente mi atención, y alegremente pensé: «Problema resuelto. Ese chorizo está diciendo *comedme*.» Salté, pues, sin vacilar, para cogerlo. Nunca lo hubiera hecho: el albañil me asestó en el lomo un terrible escobazo. Abandoné mi presa, y huí lanzando alaridos de dolor.

—¡No seas tonto! —me dijo el gato viejo.— Cuando la comida está demasiado fácil y apetitosa hay que extremar el cuidado antes de ir por ella. Porque casi siempre encuentras, como ahora, un estacazo en vez de pitanza.

—Pero, entonces... —comenté.





—Hay que tener paciencia y no mirar al reloj. Eso de comer a hora fija es cosa de esclavos. Nosotros tenemos que estar a la que salta; y si no salta, contentarse con bostezar.

El discurso me hizo poquísima gracia. Comenzaba a tener un hambre muy respetable y no veía próximo el medio de saciarla. Me distraje dando saltos y jugando con mis compañeros. Pero, de cuando en cuando, no podía menos de pensar en mi comidita preparada en mi cazuela especial al lado de mi cajón con almohadones...

Llegó la noche; noche de niebla que me heló. Caía un agua finísima, impelida por brascas ráfagas de viento. Bajamos por el hueco de una escalera. ¡Qué fea me pareció la calle! Todo se había acabado, el calor agradable, el brillante sol, los tejados resplandecientes como un espejo, en que me revolcaba con tanto gusto. Mis fatigadas patas resbalaban en el sucio adoquinado. Recordé con amargura y con envidia mis mantas y mi colchón de plumas.

En cuanto llegamos a la calle, mi amigo se puso a temblar como un azogado. Se encogió cuanto pudo, se deslizó furtivamente a lo largo de la pared, diciéndome que le siguiera en silencio. Encontramos una puerta cochera y se refugió en ella apresuradamente, dejando escapar un ronquido de satisfacción. Yo hice lo mismo, y al interrogarle acerca de esta fuga, me dijo:

—¿No viste aquel hombre que llevaba un gancho y una banasta?

—Sí.

—Pues bien; andaba a caza de gatos, y si nos ve nos mata y nos asa a la parrilla.

—¡Qué barbaridad! ¡Asados a la parrilla! ¡Pero ese tío es un bárbaro!

—Le pasa lo que a ti —me contestó el gato viejo—; tiene hambre y busca lo que puede para aplacarla.

La libertad empezaba a deslustrarse ante mis ojos.

Ya habían vertido la basura delante de

las puertas. Escarbé en los montones como un desesperado. Después de muchas pesquisas encontré sólo dos o tres huesos, mondos y limpios, revueltos con la ceniza. Comprendí entonces cuán deliciosa es la carne fresca. Mi amigo lo registraba todo poco a poco y concienzudamente. Toda la noche me tuvo de un lado para otro; me hizo correr hasta rayar el alba; no perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima: sentía dolores reumáticos y temblaba como un azogado. ¡Maldita libertad! ¡Qué de menos echaba mi prisión!

Al amanecer, mi maestro se puso a mirarme de hito en hito.

—¿Tienes ya bastante? —me preguntó con aire extraño.

—¡Oh, sí! —le contesté.

—De seguro que quieres volver a tu casa, ¿eh?

—Ya lo creo; pero ¿cómo?

—Vente conmigo: desde que te vi comprendí que un gato como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa y te voy a dejar en ella.

—No —le dije—, mi ama es una mujer excelente y no te faltará nada...

—Gracias, amigo —me contestó—. Acepto, porque estoy cansado de pasar hambre, frío y sustos. Sospecho que tu casa tendrá inconvenientes y que acaso eche muy de menos mi libertad; pero todo es mejor que la inquietud constante de no saber nunca dónde comer, cómo dormir... Me voy contigo.

—Y así fué —dijo uno de los gatos que escuchaban—. Porque yo era aquel gato vagabundo y hambriento. Como nunca está uno contento con su suerte, más de una vez he lamentado la mía actual. Pero si me propusieran volver a la anterior, no aceptaría a pesar de sus indudables encantos.

—Dejar lo bueno conocido por lo que no se conoce —concluyó el tercer gato—, es propio de gatos sin juicio ni discernimiento.



FIN



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿que quieres saber hoy?
—Voy a hacerte una preguntita que me parece que va a ponerte en un grave aprieto, querido buho.
—No lo creas. Si tu pregunta tiene contestación, no debes dudar un instante que la tendrá.
—¿A tanto llega tu sabiduría?
—A tanto. Hazte cuenta que mi sabiduría es un libro que es el resumen de todos los libros.
—Entonces ahí va mi pregunta. ¿Quieres decirme cómo es el fondo del mar?
—Ahí va, pues, mi contestación. No ha habido ser humano que haya podido descender a las grandes profundidades marinas; pero en cambio se ha podido recoger por medio de aparatos apropiados muestras de vegetación y de vida animal de esas enormes profundidades, y por esas muestras puede conjeturarse cómo será el fondo del mar.
—¿Y por qué no es posible descender a tales profundidades?
—En primer lugar, porque no hay posibilidad de hacer bajar aire hasta el fondo submarino para que pudiese vivir el atrevido explorador que se decidiese a hacer la prueba, y en segundo lugar, porque aun siendo esto posible, moriría aplastado por la presión del agua, o sea por el peso del líquido que tendría que soportar sobre su cuerpo.
—Entonces, resignémonos a conocer por conjeturas ese mundo desconocido. ¡Si vieras qué fantasías crea mi imaginación cuando pienso en el fondo de los mares! Veo en mi pensamiento unos bosques de enormes plantas acuáticas que cubren valles y montañas como los de la tierra seca, y veo entre estas gigantescas malezas, constantemente agitadas por las corrientes submarinas, bandadas de grandes animales muy raros, como monstruos, con ojos como de fuego y protegidos por corazas de todos los colores. Flotando en el agua de esas profundidades veo también enormes medusas como paraguas grandes y con sus cristalinas varillas colgantes andando de un lado para otro... Oye, querido buho, no te duermas, ¿es que estoy diciendo alguna barbaridad?
—Nada de eso, Chononcito. No me dormía. Es que para participar mejor del encanto de ese paisaje submarino que me estás pintando he cerrado los ojos, y así, abstraído de toda visión exterior, me compenetro más en tu propio pensamiento. No te has alejado

mucho de lo que se ha escrito acerca de la probable visión del fondo del océano. Es indudable la existencia de fauna y flora en tales profundidades, porque así lo atestiguan los materiales que se han extraído; pero es indudable también que estas plantas y estos seres tienen que desarrollar su vida en condiciones completamente distintas a la fauna y flora de la superficie terrestre.

—Claro, abajo no hay aire.
—No hay aire, ni hay luz, ni puede casi haber oxígeno. La enorme presión de las aguas tiene que ejercer influencia en la forma y estructura de los seres submarinos. Por eso la fauna de las grandes profundidades, que se llama fauna abisal, es absolutamente distinta a las demás que conocemos. Los animales que viven en las oscuras regiones del fondo oceánico están dotados de aparatos fosforescentes que iluminan el terreno por donde andan. Su constitución es muy rudimentaria; se mueven lentamente y están protegidos por fuertes caparazones que les defienden contra el aplastamiento del peso de las aguas.
—¿Es muy grande la mayor profundidad que se conoce?
—Los sondeos practicados en lugares muy apartados de los océanos han dado por resultado saber que las profundidades marinas alcanzan una cifra equivalente a las mayores alturas de las montañas de la superficie. Es decir, que hay sitios que llegan a alcanzar una profundidad de ocho mil metros, y aún más.
—Y habrá, como suponía yo, montañas y valles como en la superficie seca.
—Sin duda alguna. Habrá cordilleras, y enormes montañas, y barrancos, y desiertos de arena, y volcanes.
—¿Volcanes también?
—¡Qué duda cabe! Estos volcanes son los que originan la sorprendente aparición de islas en sitios donde antes no las había.
—Es curiosísimo. ¡Cómo me gustaría poder dar un paseo por el fondo del mar! ¡Cuántas cosas nuevas encontraría!
—Probablemente todo lo que vieses sería nuevo para ti.
—Y para ti también, ¿no es verdad?
—Para mí también, querido Chonón. ¡Qué de misteriosos secretos encerrarán esas profundidades!
—Esperaremos a ver si se seca el mar, y entonces se descorrerá el velo de tanto misterio.
Sí, esperaremos. Pero vamos a sentarnos.



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Guillermo Barrera.—Tus tres maravillosos dibujos irán a mi revista a su tiempo. Manejas el lápiz como un consumado maestro. Morronguis me encarga para ti apretadísimos abrazos, a los que uno los mío.

Angel Laborda.—Me da muchísima pena, y muchísima rabia a la vez no poder publicar tus lindos dibujos, que tanta emoción me han causado. Son un acierto de interpretación y de buen gusto. Y en cuanto a colorido, están ajustadísimos. Ya ves si me causará pena no poder publicarlos, pero los has hecho con lápiz y no pueden reproducirse. ¿En qué estarías pensando, simpático Angelito, cuando los dibujabas? ¿No has leído en mi revista una vez, y dos veces y cien veces que hay que hacer los dibujos con tinta? En fin, yo espero que los rehagas y me los envíes de nuevo para deleite de tus amigos pinochistas y para satisfacción de tu gran amigo.

Octavio Pérez.—Tu precioso cuento «Un sueño» ha tenido un completo éxito. Pirula, Morronguis, Don Turu, Currinche y hasta Tin y Ton, han sentido una honda emoción leyendo el episodio que con tanta maestría ha escrito tu pluma. Enhorabuena y mándame más cosas. Tuyo incondicional.

Manolito F. Acebal.—Morronguis se ha llevado tu monísima carta y no sé dónde la ha metido. Sin duda, la habrá guardado en una cómoda donde tiene encerrados todos sus juguetes. Ya comprenderás la causa. Esa casita con puerta accesible que venía estampada en el papel de tu carta era un capricho de buen gusto, y ese pícaro Paco le echó primero el ojo y luego las uñas y se la ha llevado. Claro que el dibujo, lindo por cierto, lo tengo en mi poder e irá a mi revista en cuanto le toque salir. A juzgar por tu primer trabajo, vas a ser un pinochista de la mejor cepa artística. Abrazos muy apretados.

Juan Francisco Fernández Ballesteros.—Los deseos expresados en tu carta serán desde luego satisfechos. «Una parada de Guillermito» es un trabajo tan definitivo que no necesita más recomendación que su propio valer. Con esto y muchos y fuertes abrazos está dicho todo.

Trinidad de Pablos.—Hoy recibo un dibujo tuyo que es un verdadero primor. Ya te conozco mucho artísticamente, simpática Trinidad, porque has conseguido con tus acabados trabajos de soluciones de pasatiempos llamar la atención del Gran Consejo pinochista y has hecho que hombres tan graves como el Capitán Corretón pronunciaran las más halagadoras frases de encomio para tu perfectísima labor. Sigue por el camino tan felizmente emprendido y llegarás a ser algo excepcional en el arte de Goya. Muy bien, muy bien y muy requetebien. Cada día estoy más orgulloso de contar con pinochistas de tanto mérito. Abrazos de Pirula, Laura, Morronguis, Currinche, etc., etcétera, etc.

Maria Eugenia y Polin Blauch.—Aquí tienes la contestación solicitada en tu carta. Admirable la historietita de Don Pirul, y admirable el texto que la describe. No sé si es el dibujante el que complementa al literato o viceversa. Lo que sí sé es que ambos sois uno solo para interpretar mutuamente vuestras meritísimas sensaciones de arte. Ahora a trabajar y a esperar que le llegue el turno a vuestra preciosa historietita. Abrazos.

Pinocha

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE ABRIL

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un califa.
PACO FERNÁNDEZ.



Alcázar de Segovia.
T. MUÑOZ.



Noche de verano.
MARÍA LUISA ABADAL.



Mi muñeca.
LOLITA ARENAS.



El correo de Melilla.
JUAN MARTÍNEZ.



Un castillo.
J. LLAMAS.



Mi bicicleta.
LUIS MORENO.



El rey de la selva.
TOMÁS REIG.



Currinche y Don Turu.
JOSÉ A. VACA DE OSMÁ.



Rinochi cuando era pequeño.
ROSARIO LOSADA.



Una casa.
SUSANITA DE LA TORRE.



Un castillo.
JOSÉ ZALDO.



Barco de vela.
JUAN MANUEL VILLARINO.



Lámpara.
B. DE BUSTOS.

CHISTES

En la playa.
—Papá, ¡yo quiero bañarme!
—No, hijo mío, que te puedes ahogar.
—¡Yo quiero bañarme!
—Pues bien, báñate ya que te empesas; pero si te ahogas, te mato.

Obediencia relativa.
La madre.—¡Pedrito, esta noche tenemos convidados; no vayas a pedir nada hasta que te lo ofrezca!
Luego, en la mesa, y en el momento de presentar el criado una fuente de pollo:
El niño.—Mamá, ofrézcame pronto.

En un convento cerrado hay de monjas más de mil, y todas están cubiertas con un velo muy sutil.
—¿Qué es?
—La granada.

CÉSAR AUGUSTO DEL CAMPO.
Diez años.

¿Cuál es el marido de la ballena?
Pues el tranvía del disco número 52, porque cuando hay toros, «va llenos».

¿Cuál es el colmo de un elefante?
Dar su trompa a un niño que está aburrido para que la baile y se divierta.

¿El colmo de mi cocinera?
Hacer de una bata de mi mamá una «pa-ellia».

¿Cuál es el colmo de un vendedor de periódicos?
Pues vender *La Voz* hasta agotarse.

¿Cuál es el colmo más pequeño de todos los colmos?
Pues el colmillo.

¿El colmo de un preso?
Comprar *La Libertad* por diez céntimos.

¿Cuál sería el colmo de mi sirvienta?
Huir de los huevos porque se baten.
JULIÁN ORDEN APARICIO.
Trece años.

Currinche a Don Turulato:
—¿A que no me dice usted cinco días de la semana sin nombrarme lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo?
Don Turulato.—No, Currinche.
Currinche.—Pues anteayer, ayer, hoy, mañana y pasado mañana.

VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Doce años.



Pirula y Pinocho toman el té.
NENITA GRAU.



Pinocho, de paseo.
SANTIAGO VIDAL.



Nuestra casita.
ANDRESITO RUIZ DE LA ROSA.



Paco Morronguis.
ANITA SERRANO.



Una extravagante.
LUIS VIDAL RIVAS.



Batalla de Trafalgar.
MANUEL NIETO MOLINA.



Un grupo de mis amigos.
L. FERNÁNDEZ.



Una niña muy guapa.
MARÍA DE LAS NIEVES ALONSO.

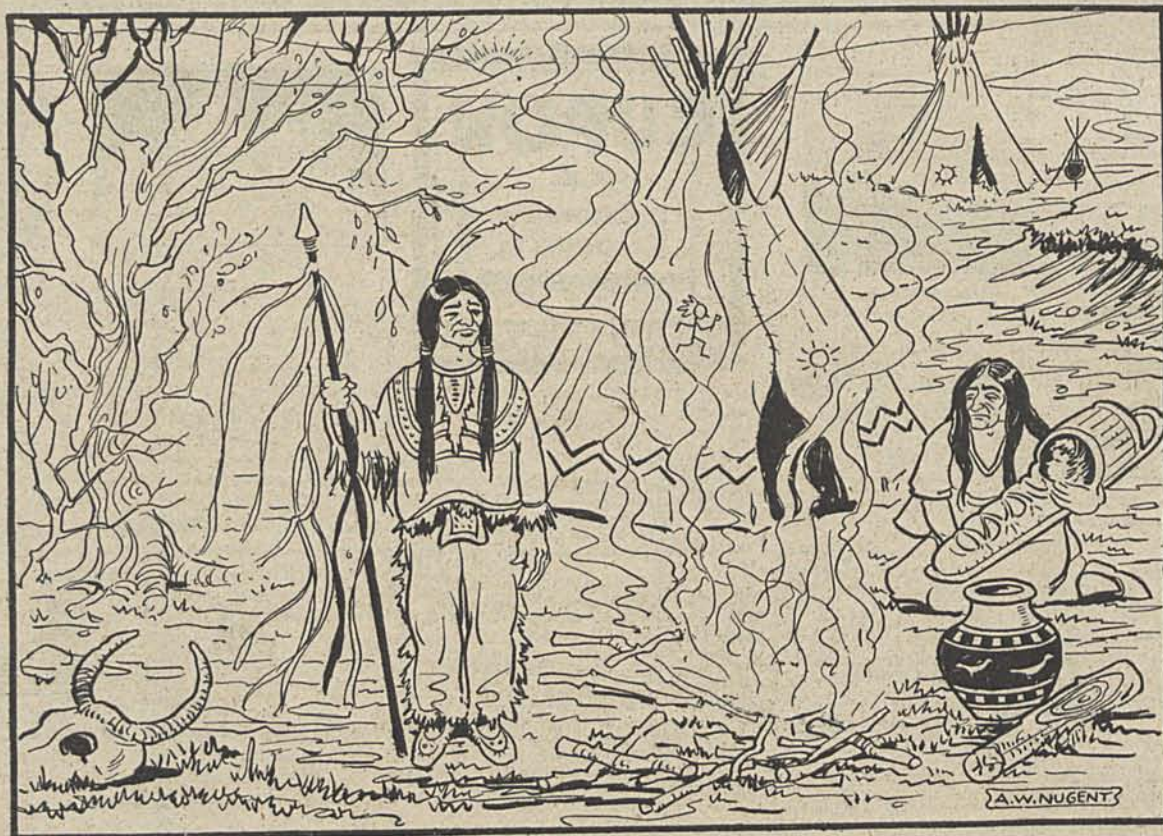


Pifa.
PEPITO MIRA.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ABRIL

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL CAMPAMENTO



Nos encontramos en América. Estamos frente a un campamento de Indios chuachuas. El que está con la lanza en la mano es el terrible Aguila Blanca; su esposa está, como veis, arrullando al niño, que lo tiene metido en una especie de cesta. Están como el que no hace nada, y acaban, nada menos, de cortar tres cabezas de tres pobres indios de otra tribu. ¿Sabrías hallar esas cabezas? Están diseminadas por entre el paisaje.

PROBLEMA



Juanito ha comprado una pizarra y está loco de alegría. Corre presuroso al despacho de su papá, deseoso de estrenarla, y le dice le ponga un problema; pero no un problema sencillo, pues él, Juanito, ya sabe mucha Aritmética. Quiere uno que sea difícil.

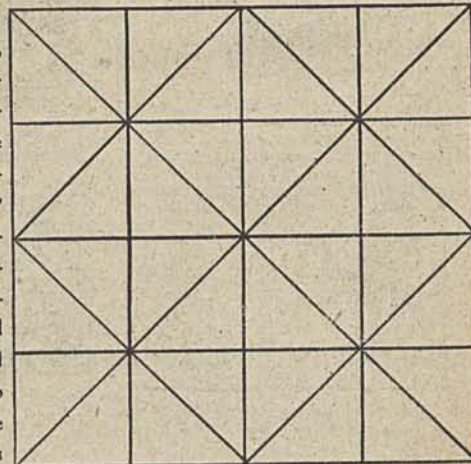
Su papá sonríe, y después de acariciarle, le pone el siguiente o, mejor dicho, los tres siguientes:

- 1.º Con 5 cifras impares har una suma cuyo resultado sea 14.
- 2.º Con 4 cifras iguales arreglarlas de forma que sumen 100, y
- 3.º Con esas 9 cifras vuélvelas del revés, y la suma que de sea 14.

LOS TRENES

Tenemos dos trenes. Uno, llamémosle A, sale de su estación, y después de correr vertiginosamente y de atravesar infinidad de túneles y puentes, se cruza con el tren B, que sube una cuesta a duras penas. El tren A, tacatata, tacatata, tacatata, sigue corriendo volando, siempre suelto un horizontal penacho de humo blanco. El tren B sigue arras-trándose, fúfu, fúfu, fúfu, soltando su máquina borbotones de humo negro y espeso. El tren A llega a la estación de donde salió el tren B una hora después de haberse cruzado con éste, y el tren B llega a la estación de donde salió el tren A cuatro horas después del cruce. Los dos salieron de sus respectivas estaciones al mismo tiempo. ¿Qué diferencia de velocidad llevaban?

LOS TRIÁNGULOS



He aquí un cuadrilátero que contiene un número determinado de triángulos. ¿Cuántos? Esto es lo que vosotros habéis de hallar; el número de triángulos que contiene este cuadrado. Fijaos bien y en seguida los contaréis.

SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE AGOSTO NÚMEROS 133, 134, 135, Y 136

LA PÁJARA PINTA



PLAGA DE RATONES



Los gatos fueron 239, y mataron, cada gato, 4.649.

ROMPECABEZAS

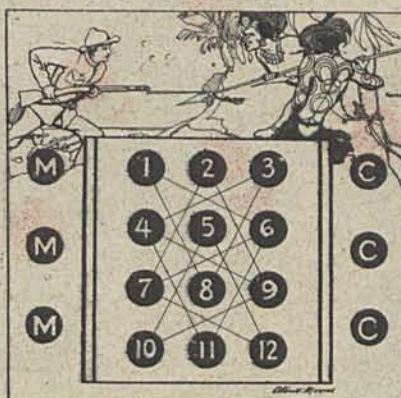


EL CUADRILÁTERO



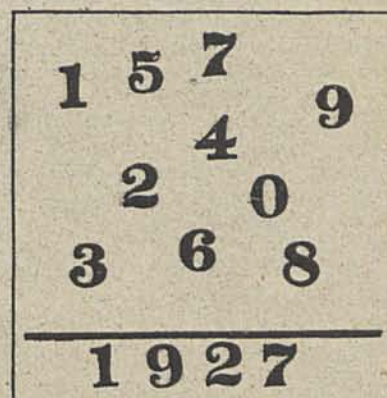
Ved en la pizarra la demostración del problema.

LA GUERRA



Caníbales: (10-5) (11-6) (12-7) (6-1) (7-6) (12-7) (1-8) (6-1) (7-2) (8-3).
Marinos: (1-8) (2-9) (3-4) (8-3) (9-10) (4-9) (3-4) (10-5) (9-10) (4-11) (5-12).

SUMA COMPLICADA



Los números han de colocarse en este orden:
 $1579 \frac{84}{2} + 306 = 1927$

DIBUJOS CON ERRORES



1. Falta pajarita en el cuello.—2. Abrochado al revés.—3. Falta una pata.—4. Palo de la silla roto.—5. Falta un botón.—6. Botones diferentes.

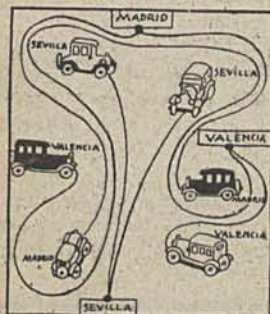


1. La cuerda donde está la ropa más tensa que la otra.—2 y 3. Ganchos de los palos torcidos.—4. Falta cuello.—5. Bocamangas diferentes.—6. Falta tirante en un zapato.

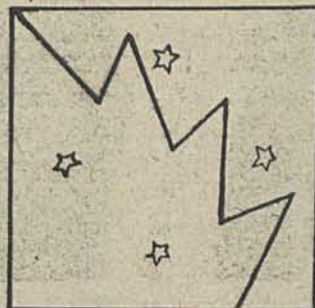


1. Falta agarrador.—2. La tijera está cerrada con las hojas separadas.—3. Una hoja más corta.—4. Eje de la rueda descentrado.—5. Falta radio.—6. Pico fuera de su sitio.—7. Pitorro fuera de su sitio.—8. Falta pata a la carretilla.

LOS CAMINOS



CORTE COMPLICADO



PISCINA DIVIDIDA



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE
PIRULA... CES-
TERA



Cesto para el pan o para la labor.—En mi carrera de muñeca escritora-pintora-mueblista -bordadora-modista-cocinera y varias cosas más,

he conocido algunas niñas bastante raras. Por ejemplo, recuerdo una a quien los pelos le salían de punta, de tal suerte que no se podía peinar, y parecía como si siempre se le acabase de referir alguna historia terrorífica. Otra era bizca, si bien con el tiempo logró corregirse de este defecto, y ya de mayor no se le notaba nada;

pero mientras fué pequeña le sucedieron cosas peregrinas; un día iba por la calle y se tropezó violentamente con un señor que llegaba, distraído y corriendo. «Ya podía usted mirar por donde anda», dijo la niña, asustada por el coscorrón.

Y el señor la contestó: «Y tú, rica, ya podías andar por donde miras». Lo cual era pedir gollerías, puesto que la criatura miraba a la vez hacia dos lados opuestos.

Otra niña no podía ponerse guantes en invierno porque decía que le daban frío en las manos.

A otra, los huevos pasados por agua le daban dolor de cabeza, y el perfume de las violetas le hacía salir sabañones.

También he conocido una niña a quien le encantaba chupar limones porque les encontraba un sabor dulcísimo; otra, que detestaba el azúcar y las golosinas, y otra, que suplicaba a su mamá que le aderezase la ensalada con aceite de hígado de bacalao.

Pues bien; de tantas rarezas, casi la que más me choca es la de una niña —que es, por lo demás, una simpatiquísima Pirulinda perfectamente normal— que no come pan nunca.

¿Concebís tamaña extravagancia? Yo no.

Cierto que en lo del pan hay gustos muy diversos: a unos les gusta el pan fino y suave, llamado de Viena; a otros el pan rudo y fuerte, de libreta; a otros los «largos» o «franceses»; hay quien quiere el pan muy cocido, casi quemado, y hay quien algo crudo, casi blanco; unos se comen la corteza con deleite y, de buena gana, dejarían la miga; otros prefieren la miga a la corteza.

Pero lo absurdo, lo inverosímil, es el caso de Solita — así se llama la niña en cuestión —, que no come nunca ninguna clase de pan.

Como Solita es una niña buena y adora a sus padres, su papá le ha dicho que le daba mucha pena esta rareza suya; que, por fuerza, tiene que llamar la atención y hacer que la gente se ría de ella.

Como Solita es una niña algo flacucha y

tiene un gran deseo de engordar, su mamá le ha explicado que el no comer pan es precisamente uno de los medios empleados por las personas gordas que quieren adelgazar, que es lo que en fin de cuentas le está sucediendo a ella, que se está quedando como un hilo, y, naturalmente, cuanto más flaca, más negra y menos bonita.

Y como Solita es una niña piadosa, su tía Nati le ha recordado que el pan representa el cuerpo de Nuestro Señor, y es, por lo tanto, un alimento sagrado que no se debe despreciar.

Pero todos estos argumentos se han estrellado contra la extraña testarudez de Solita; los regaños y los castigos han sido vanos también. ¡Cualquiera la convence de que coma pan!

¿Cualquiera? Pues yo misma, Pirula; para ello me bastará

con idear un cesto de pan, muy fácil de realizar en casa. En cuanto se entere Solita querrá hacerlo, y luego, tengo la seguridad de que se hartará de comer pan, por el gusto de utilizar el cesto de su fabricación.

Se hace como sigue:

Se confecciona un ganchillo con grueso algodón color café, una especie de gorro grande, parecido de forma a esos gorros que se utilizan para los deportes de invierno y suelen llamarse «polos». Conviene cuidar de dejar el punto muy flojo y de ir aumentando puntos hacia la orilla.

Terminado el gorro se sumerge en un recipiente lleno de cola fuerte —de la que usan los ebanistas— templada; se deja que la labor se impregne de cola, agitándola con un palo mientras está en el cacharro.

Luego se saca y se coloca sobre una cazuela de barro, vuelta boca abajo, adaptándola como sobre un molde y se deja secar. Cuidese bien de untar previamente de aceite esta cazuela para evitar que se pegue la red.

Y ya está nuestra sencilla labor de ganchillo convertida en un cesto rígido, parecido a los de fabricación japonesa.

Este cesto será útil para Solita, en quien despertará la afición hacia tan precioso alimento como es el pan, y también lo será para todas vosotras, que gustáis del pan sin necesidad de fabricarle cestos.

Pero si alguna prefiere tener un cesto de labor, nada más sencillo que forrar el interior de nuestra obra con seda de color vivo y adornarla exteriormente con cintas.

El adjunto figurín representa a Solita luciendo un encantador trajecito muy propio para esta temporada abrileña; es de punto de lana fina, graciosamente adornado con unas trencillas, cintas o cordones, en la cintura y en el cuello.

Como Solita es morena, su traje es de color amarillo; si fuera rubia le aconsejaría que lo llevase en un tono verde almendra o palo de rosa.

